



## 10. LA SOCIEDAD HUMANA: ¿ALGO MAS QUE INSECTOS?

Entre las aves y los mamíferos, es evidente la tendencia hacia la formación de sociedades más o menos complejas, que comparten muchas características: existencia de un grupo jerarquizado; especialización funcional de la conducta, que no suele afectar la estructura corporal, si exceptuamos los ratones cavadores desnudos (*Heterocephalus glaver*), que forman sociedades parecidas a las de los insectos. Las sociedades de mamíferos no son rígidas, poseen gran movilidad vertical y horizontal: cualquier individuo bien dotado puede escalar las más altas cotas de la jerarquía, al contrario que en los insectos sociales, donde el individuo reproductor se escoge de una vez para siempre.

Pero hay un mamífero, el hombre, que está alcanzando niveles de socialización que prometen no quedarse a la zaga de los de los isópteros e himenópteros. Durante la mayor parte de su evolución, las sociedades humanas no se diferenciaban mucho de las manadas y rebaños de mamíferos. Asegurar la manutención del grupo era una empresa arriesgada y difícil, que exigía la dedicación exclusiva de los individuos activos. Sólo los ancianos, enfermos o impedidos, y los niños, disponían de cierto grado de tiempo libre. Según el trabajo que realizaban, existían, como mucho, tres o cuatro categorías de personas: cazadores (generalmente varones), recolectores (a menudo mujeres), ancianos, y personas inútiles para otra actividad, que podían dedicarse a labores especializadas (tallar la piedra, curar a los enfermos...). La pertenencia a una u otra clase dependía de la edad, el sexo y la constitución física del individuo.

Hace unos diez mil años surgieron las ciudades y estados modernos, sociedades mucho más complejas que las tribus, con miles, millones o cientos de millones de individuos, que en algunos casos dejan pequeñas a las más grandes agrupaciones de hormigas y de termites. La diferenciación social creció. La alimentación de la población pasó a depender de la agricultura y la ganadería, ocupaciones menos peligrosas que la caza y la recolección, que además permiten que el trabajo de uno solo produzca lo suficiente para mantener a muchos. No todos tenían que ocuparse en tareas de este tipo.

Aparecieron profesiones especializadas, como los guerreros, que protegían a los ciudadanos y agricultores de los ataques de sociedades vecinas rivales. A cambio de la protección, los productores primarios entregaban una parte de sus productos (los impuestos) para mantener a sus defensores. Como todo grupo humano y animal, los ejércitos adquirieron una jerarquía. Los mandos supremos poseían la fuerza, lo que les permitió obtener ventajas personales. La tendencia innata en el ser humano a preferir a sus propios hijos frente a los demás, llevó a que los cargos supremos se hicieran hereditarios. Surgieron monarquías e imperios.

La sociedad se dividió en castas o clases sociales: los hijos de los soldados se hacían soldados, los de los campesinos se dedicaban a la agricultura y la ganadería. En algunos lugares, como en la India, la costumbre se convirtió en ley y la movilidad vertical disminuyó casi hasta cero. En otros, se permitió cierto grado de elasticidad social.

Pero hay peligros para el éxito de las cosechas y la supervivencia de la sociedad, contra los que no sirve la protección del ejército: las irregularidades del clima. Algunas, como las estaciones, son predecibles y pueden deducirse de la posición de los astros. Los primeros hombres civilizados supusieron que los restantes fenómenos atmosféricos (tormentas, granizadas, sequías o inundaciones) también estarían relacionados con los astros o serían consecuencia del capricho de algún dios. La segunda posibilidad dio lugar a la aparición de una casta sacerdotal encargada del apaciguamiento de los seres inmortales, de cuya buena voluntad podía depender la subsistencia de la nación. La otra, llevó a los sacerdotes a desarrollar técnicas adivinatorias y la primera ciencia del hombre moderno: la astrología.

Las castas sacerdotal y guerrera estaban exentas del trabajo productivo, para consagrarse a la protección de las clases agrícolas y ganaderas frente a sus enemigos divinos y humanos. Por la naturaleza de sus actividades, los sacerdotes se convirtieron en los más cultos entre los habitantes de las primeras civilizaciones. Por ello se les adjudicó la misión de llevar la cuenta de los movimientos celestes (el calendario), de los que dependían directamente las cosechas, y también de la recaudación de los impuestos y su distribución entre las clases no productivas. Su actividad condujo independientemente, en varias partes del mundo, a la invención de diversos sistemas de escritura, de notaciones numéricas, y al desarrollo de la aritmética, la segunda ciencia del hombre moderno.

Una parte de la población, cuyos esfuerzos no eran necesarios para producir alimentos, se dedicó a actividades tecnológicas, con lo que surgieron nuevas especializaciones. Entre las artesanías más antiguas destacan la alfarería y la metalurgia (primero del cobre, luego del bronce, más tarde del hierro). Los artesanos solían ser personas incapacitadas para otro tipo de actividad: es frecuente que el dios de los herreros sea cojo. La proliferación de productos artesanales provocó la aparición de los comerciantes, que mediante el trueque o la moneda metálica, inventada hacia el año 700 a. de J.C., favorecieron la diseminación de los frutos del trabajo humano por extensiones que a veces sobrepasan los límites de las civilizaciones.